

con un patrimonio cultural y artístico relevante, formado por la diversidad de civilizaciones que a lo largo de la historia se han asentado en la región (íberos, romanos, musulmanes, cristianos, etc...). Entre sus monumentos y construcciones más interesantes destaca uno de los "protagonistas" de la obra: el castillo de los Sotomayor y Zúñiga o castillo de Belalcázar, que es la construcción más espectacular de la población y su emblema. La torre del homenaje —desde la que quería soltar los halcones el personaje de don Alfonso— impresiona por su tamaño y destaca por el escudo de los Sotomayor. Otras siete grandes torres de granito acompañan esta colosal fortaleza y, sumadas a construcciones religiosas y civiles, como el mayor y más bello convento de Córdoba, el de Santa Clara de la Columna, forman un escenario real con un evocador aire de medievalismo en el que se inserta la representación propuesta, en un rico diálogo entre el texto y su marco local.

Especialmente apta para su representación en el pueblo, en el escenario abierto y genuino de Belalcázar, la obra consigue el objetivo que para ella señalaba Vicente Torrico, y lo hace sin ceñirse a los límites de una coyuntura, sino en un ejercicio de escritura dramática en que confluye la tradición de nuestro teatro nacional con las aportaciones de la renovación de la teatralidad ensayada en las últimas décadas del siglo XX. Sumada a la trayectoria de *La vaquera de la Finojosa*, cuya favorable acogida merece compartir, *Belalcázar. El Halcón y la Columna* confirma las posibilidades de un discurso dramático y teatral que, a partir de lo local, se eleva a altas cotas de calidad artística. [MARÍA REY CARMONA]

DIÓN DE PRUSA, *Euboico o El Cazador*. Ed. crítica bilingüe, con introducción, traducción y comentario de Ángel Urbán, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2004, 280 págs.

Con júbilo han de recibir los interesados en el mundo grecolatino, principalmente los especialistas del período helenístico-romano, la reciente obra publicada con el n. 12 dentro de la Colección Nuevos Horizontes (Serie Lingüística). El buen gusto, el cuidadoso esmero que presenta la reciente edición se corresponden con el tradicional aprecio que el *Euboico* ha venido ocupando entre el nutrido legado del escritor heleno Dión de Prusa, y ello no tanto por contarse entre los más extensos de sus 80 discursos (λόγοι) conservados, lo que alude a su importancia, sino ante todo por considerarse una pieza de altísima calidad literaria. Si al atractivo que suscita desde el punto de vista filológico, añadimos otras notas de interés —histórico, sociológico, ideológico, político, etc.—, que esta obra encierra, y el acierto del prof. Ángel Urbán en poner tan ricos aspectos de relieve con excelente análisis, traducción y comentario, creo que sobran motivos para celebrar la aparición de esta novedosa y original edición crítica.

Tras el índice general y un breve prefacio, la obra se abre con el detallado y bien documentado estudio que integra la "Introducción general" (págs. 13-

85). En su primer cap. (págs. 13-20), el autor nos sitúa ante la caótica panorámica de la época de Dión, un mundo decadente y crítico, como se demuestra en el bajo pulso intelectual y cultural que ha derivado en la degradación de los géneros literarios y el ocaso de la filosofía, ahora reducida a vacua retórica; la ausencia de valores éticos; el desorden social, incapaz de salvar la conflictiva distancia que separa a los miserables, en contraste con la opulencia en que viven los ricos patricios; o también, desde el ámbito político, el omnímodo poder de la gran urbe romana y las terribles expresiones de su avasallador imperialismo: censura, persecución y destierro, de los que el propio Dión fue víctima. Sólo el aprecio por la cultura y lengua griega, signo de prestigio y fundamento de la educación de emperadores y clases acomodadas, parece ofrecer un respiro en medio de esta atmósfera enrarecida en que vivió el autor del *Euboico*.

En el cap. II, "Vida y obra de Dión de Prusa" (págs. 20-35), el prof. Ángel Urbán perfila la personalidad del escritor desde una triple perspectiva: los datos biográficos (págs. 20-26), que nos lo presentan como un intelectual que vivió a caballo entre el siglo I y II de nuestra era, de familia acomodada, natural de Bitinia (Asia Menor) y honda educación filohelena. Hombre político, su actitud comprometida le hará fluctuar del favor y la amistad de emperadores como Nerva y Trajano, al padecimiento de sus tiránicos poderes, como le sucediera con Domiciano, bajo cuyo mandato sufre el destierro y exilio. Este hecho fue determinante para la ajetreada vida del brillante filósofo y orador que mereció el apelativo de *crisóstomo*, "boca de oro". Un segundo acercamiento a Dión se realiza a partir de su obra (págs. 26-33), de la que resalta su enciclopédico saber, bien patente en la amplia temática de sus discursos: políticos, filosóficos, éticos, religiosos, literarios, etc. El autor nos ofrece la relación tradicional de las obras del prusense, señalando la datación de las principales de acuerdo con Jones y Desideri y destacando algunas, como el discurso *Troyano* (Or. 11), el *Olímpico* (Or. 12) o sus cuatro discursos *Sobre la realeza* (Or. 1-4). Entre todas sobresale *Euboico* o *El Cazador* (Or. 7). Desde un tercer punto de vista, "Géneros, estilo y lengua de Dión" (págs. 33-35), el autor reflexiona sobre la técnica literaria de sus escritos, una batería de resortes oratorios al servicio de la persuasión (diatriba, dichos, anécdotas, humor, modelos míticos, gusto popular) —Dión es ante todo un orador—, y el exquisito empleo discursivo que hace de la lengua ática, expresión de su refinada cultura helénica.

El autor dedica el cap. III (págs. 36-49) a la tradición crítica sobre Dión y se hace eco de su progresiva revalorización tras reparar en las más modernas y actualizadas revisiones. Denuncia ante todo, por errónea, la ya desfasada e injusta teoría que pretendía distinguir en la biografía de Dión dos etapas: la primera, de frívolo retórico, previa a su exilio (año 82), y la segunda, apoyada en una supuesta *conversión* a partir del mismo, que lo llevaría a su plena madurez filosófica. El equívoco, explica el autor, nace de la sesgada

interpretación del término “sofista” por parte del obispo Sinesio de Cirene, que hizo extensivo su sentido peyorativo de “falso filósofo”, sin tener en cuenta su acepción originaria, sinónima de filósofo. Esta difundida y falsa corriente interpretativa de “los dos períodos” (sofista y filosófico), ha sido ya afortunadamente superada y sustituida por replanteamientos más ecuánimes, basados en los estudios de Perry, Reardon, Jones, Desideri, etc., y ello ha comportado, a su vez, la restitución de la denominada “Segunda Sofística” (págs. 40-45), movimiento filosófico-retórico del s. I d.C., que ha pasado a considerarse directo heredero de la mejor tradición literaria helena. Lejos de identificarse con aquellos embaucadores maestros de retórica, falsos filósofos, mercenarios de cultura, a los que ya en pleno clasicismo aludía Isócrates en *Contra los Sofistas* con sentido despectivo, la figura de Dión de Prusa, advierte el autor, se proyecta hoy como la de un valioso epígono de la cultura clásica, y su oratoria a estimarse como “algo más que una técnica”, conforme al noble y antiguo ideal de “la verdadera retórica (que) debía ser una *philosophousa rhetoriké*, es decir, un instrumento de acción política que presuponia una filosofía, una formación básica, una *paideia*” (pág. 42). La rehabilitación historiográfica de Dión, de sofista-retórico a filósofo político, termina por completarse cuando el autor nos precisa su filiación ideológica. Dión se inscribe en el cinismo (págs. 45-49), fenómeno de *contracultura* y *alternativa* a lo establecido, de crítica denuncia y condena a los valores sociales y políticos imperantes. Si bien es cierto que su exilio le llevó a simpatizar y vivir de acuerdo con este ideal, su cinismo, advierte el autor, no es fiel copia del tradicional, presenta tres rasgos distintivos: en primer lugar, es moderado y no subversivo, en línea con un afán educativo y moralista; en segundo lugar, nunca se inscribe fuera de la sociedad civil, sino dentro de ella, quizá porque, como propone el autor citando a Pohlenz, “era griego y, como tal, conservaba el antiguo sentimiento de la *polis*”; y, por último, huye del rasgo de locura, de la nota extravagante —estrategia cínica proselitista, demagógica y populista—, para sustituirla por una dosis de realista e irónico humorismo.

El cap. IV (págs. 49-52) recoge testimonios que corroboran el merecido y hoy generalizado aprecio de la divulgación moderna sobre el orador prusense.

El cap. V se dedica a la transmisión textual de las obras de Dión (págs. 52-57). Siguiendo los *Prolegomena* de H. Von Arnim, el autor ofrece por orden cronológico una relación de los principales manuscritos y ediciones, desde las más antiguas (Milán 1476, hoy perdida; Venecia 1551) a las más modernas, así como las más importantes traducciones de las obras completas de Dión, para terminar centrándose en la relación de ediciones y traducciones de la *Or. 7 Euboico o el Cazador*.

Al análisis estructural y estilístico del *Euboico*, así como a la descripción de su contenido, se dedica el cap. VI (págs. 57-68). El autor comienza por

subrayar, recordando al sabio alemán J. Burckhardt, el eminente lugar de este discurso, sin duda el más importante y llamativo entre todos los de Dión. Constata la clara división del texto en dos partes, “diferenciadas tanto por su léxico, sintaxis y estilo literario, como por su género literario y contenido” (pag. 57) y se detiene pormenorizadamente a comentarlas.

La *primera parte* (§§ 1-80, págs. 57-62) presenta un estilo ágil, sencillo, de períodos breves, reflejo del estilo vulgar, la *koiné*, con gran riqueza de expresiones idiomáticas. Aderezándolo con múltiples y eficaces artificios persuasivos (aventura, suspense, sorpresa, apariencia de verdad, humor, ironía), Dión narra en primera persona un relato ficticio. Tras sufrir un supuesto naufragio y ponerse a salvo en las costas de Eubea, es socorrido por un Cazador, hombre honesto que va a convertirse en auténtico protagonista al desvelarle la existencia de su comunidad, un grupo que reside en “el campo (lugar de la contraideología y de la alternativa)” y se rige por unos códigos sociales, económicos y éticos totalmente ajenos a los que rigen la vida en “la ciudad (lugar de la ideología del sistema de poder)”. Un juego de oposiciones multiplica el contraste existente entre estos dos mundos completamente antagónicos: “despersonalización y deshumanización de la ciudad frente a la personalización y humanidad del grupo que vive en el ambiente rural, códigos económicos basados en el interés y el dinero frente a normas de convivencia basadas en la relación humana” (pág. 59), agresividad frente a hospitalidad; irracionalidad frente a buen sentido y cordialidad. La ciudad (*πόλις*) se convierte en una imagen, “un símbolo del fracaso humano” (pág. 60), representa al poder y su proyección ideológica, en marcado contraste con el recinto de “cabañas” (*σκηναί*) donde vive el Cazador, un paradigma de cómo la vida de un campesino pobre puede transcurrir felizmente, inmersa en un cordial ambiente de alegría, generosidad y franca amabilidad.

Examina el autor el calculado y preciso equilibrio en la extensión de las partes del relato y su perfecta disposición en estructura concéntrica o quiástica: una introducción (§ 1) y una conclusión (§ 80), ambas muy breves, en cuyo cuerpo central se inscriben y entrecruzan dos relatos: uno *lineal*, en boca de Dión, en dos partes breves (§§ 2-10a y §§ 64-79), entre las que se inserta el relato central y *circular* (§§ 10b-63) en boca del Cazador, el más largo, donde se inscribe el núcleo fundamental del mensaje.

Esta primera parte, que da la ocasión del título, es la más valiosa del *Euboico*, por lo que merece la pena detenerse. Concentra los méritos literarios que le permiten figurar entre las obras más selectas de la cultura clásica. Una obra amena, en el que el encanto de la aventura, incluso de lo heroico, al modo de un Ulises o Robinson Crusoe, se conjuga con el atractivo del relato utópico: la sátira y la mordaz ironía orientadas a la denuncia social evocan ahora a otro ilustre náufrago, el Gulliver de Swift. La bondadosa ingenuidad y sencillez del protagonista recuerdan las de aquel otro cazador, Dersu Uzala, que magistralmente llevara a la pantalla Akita Kurosawa para

enseñarnos una lección tan elemental como frecuentemente olvidada: el valor de la Naturaleza, y la felicidad que encuentra el hombre cuando vive en alianza con ella. Más allá del bucólico tópico del "locus amoenus", que se reduce a dibujar un idílico paisaje de montañas, ríos, verdes arboledas, suaves brisas, praderas y flores, la potencial lectura ecológica que permite el *Euboico*, es un factor que ha contribuido a conferirle vivos tintes de contemporaneidad, por no decir de "rabiosa actualidad", incrementados al brindarse como un precioso testimonio para la comprensión del universo ideológico en que se debate la historia imperial romana. Su interés, en este último sentido, trasciende hasta los dominios de la filosofía política o la teoría sociológica en los que el binomio "utopía y realidad" ha resultado tan productivo (Mannheim, Bloch, Ricoeur...)

En la *segunda parte* (§§ 81-152), (págs. 62-67) el estilo es plenamente aticista, al modo de los rétores clásicos, con largos y ampulosos períodos, difícil sintaxis y algunos rasgos de asianismo. Esta parte, un discurso propiamente dicho, pese a anunciarse como un comentario de la primera, se va apartando del relato, y termina por convertirse en una abierta crítica social. Dos grandes secciones la dividen: la primera (§§ 81-103), que se centra en oponer los ricos a los pobres, y la segunda (§§ 104-152), que trata el tema de las profesiones y actividades que pueden desarrollar los pobres en la ciudad. Su final *ex abrupto* parece situarnos ante una obra inconclusa.

Parece, al leer esta segunda parte, como si ahora el programa de Dión no quisiera verse limitado al de una escapista elucubración, sino ponerse en estrecho contacto con la esfera de la *Realpolitik*, de la política cotidiana. Cierta desencanto de su planteamiento utópico, un estado de resignación planea sobre estas páginas, donde Dión se circunscribe más al plano de lo inmediato. Tratando de poner solución a los graves problemas sociales del momento histórico que vivía y abordándolos de manera realista, pragmática, Dión se nos presenta con aires de político "reformista integrado", cuando no de "moralista intransigente". La honradez sustituye así al universo simbólico de la utopía, un modelo imaginario quizá histórica y filosóficamente necesario para formular la reconstrucción de la deteriorada realidad, pero insuficiente sin atender a ella.

El cap. VII (págs. 68-79) recoge una abundante, selecta y actualizada bibliografía, distribuida en 7 apartados temáticos (1. "Estudios sobre el "Euboico o el Cazador"; 2. "Estudios sobre el léxico de Dión"; 3. "Estudios sobre los Mss., tradición manuscrita, crítica textual, gramática y estilo de Dión"; 4. "Estudios sobre la vida y pensamiento de Dión"; 5. "Fuentes de Dión, su uso de los clásicos y crítica literaria"; 6. "Dión en la tradición" y 7. "Otros estudios: Marco histórico, político y cultural". En el cap. VIII (págs. 79-81) el autor reconoce su deuda con el texto de Hans von Arnim que toma como referente fundamental; las variantes respecto a éste las ofrece en un listado que facilita su localización y en el que igualmente se señalan las

coincidencias y diferencias con el texto propuesto por J. W. Cohoon. Y, por último, en el cap. IX (págs. 81-83) el autor ofrece debidamente ordenadas la referencia de las siglas y abreviaturas utilizadas en el aparato crítico. La parte introductoria se culmina con un mapa de Grecia y la cuenca egea que presenta el escenario geográfico en que va a desarrollarse el *Euboico*.

El segundo gran bloque del libro comprende la edición bilingüe del *Euboico* propiamente dicha (págs. 87-163), seguida de los comentarios a los que da pie el sugerente texto dioneo (págs. 165-238), subdivididos, a su vez, entre los de la primera (págs. 167-198) y segunda parte (págs. 199-238).

La edición del texto griego, en la página izquierda, con un rico aparato crítico, y su traducción castellana a la derecha, facilita la visión simultánea y confrontada de la obra. Pese al componente subjetivo que entraña toda traducción, el autor, como se constata en los comentarios que siguen al texto, ha cotejado detenidamente las propuestas críticas a las variantes de determinados pasajes, sin descuidar el sentido y demandas del propio texto. Ha logrado así una fiel y pulcra traducción de la obra, de lectura ágil y amena. Ha sido un acierto colocar los comentarios tras la edición bilingüe, con lo que se evita la engorrosa acumulación de citas y notas a pie de página, algunas de considerable extensión, que a menudo impiden centrar la atención sobre el verdadero protagonista, el texto mismo.

Buena prueba del exitoso esfuerzo del autor por descifrar el recto sentido del texto la constituyen sus reflexiones sobre el preciso significado que encubren algunos términos, tal como ocurre con “libres” (ελεύθεροι, *com.* 13), “portavoces” (προφήτας, *com.* 118), “gente (de mal gusto, vulgar)” (βάνουσοι, *com.* 130). Matices, rasgos connotativos, que igualmente, observa con suma agudeza, se hallan presentes en expresiones con un particular sentido idiomático: “so loco” (ὦ μῶρε, § 48, valor enfático del vocativo con la partícula admirativa), “a los salvajes estos” (τοῖς θηρίοις τούτοις, *com.* 29), “a los que nada poseen” (τοὺς δὲ πένητας, *com.* 34); en los que dispensa el uso del diminutivo con valor afectivo: “bueyecitos” (βοΐδία, *com.* 16), “triguillo” (σιτάριον *com.* 44), “la querida o amiga luna” (σελήμιον, *com.* 72); el superlativo (ἀγροικότερον, *com.* 192); o los que tan sólo derivan de una sutil diferencia en la acentuación: “campesinos” (ἀγροῖκοι *com.* 131), frente a nuestro despectivo “paletos” o “palurdos” (ἄγροικοι, *com.* 131).

Es principalmente al afrontar las dificultades lingüísticas, las a menudo escabrosas cuestiones de crítica textual, cuando sale a relucir el enorme bagaje intelectual del prof. Ángel Urbán y sus amplios conocimientos filológicos, sobre todo de la koiné de la época, similar a la neotestamentaria y a la de los Padres Apostólicos (cf. *com.* 18, 68, 83, 185). Matizando, corrigiendo o proponiendo unas veces, oponiéndose o decantándose por la

opción más convincente otras, pero siempre aquilatando las prestigiosas opiniones de sus colegas (Russell, Milazzo, Emperius, Rieske, Cohoon, etc.), el autor ha examinado con pulcritud y detalle la gramática del *Euboico*. Podrían valer los siguientes ejemplos: la preferencia por el vocativo ξέυε en vez de la antigua forma ξεῖνε (§ 5, *com.* 7) o por el infinitivo εἶπεῖν en vez de εἶπεν (§ 6, *com.* 9) siguiendo a Russell; o su sagacidad al advertir el valor que encierran ciertas partículas, como el admirativo o ponderativo del artículo en τὸν ξένον (§ 68, *com.* 67), o el explicativo o epexeagético de la conjunción καί (§ 144, *com.* 196).

Al margen de las breves notas aclaratorias (de localización de términos geográficos, descripción de ciudades, medidas de longitud y capacidad, valores monetarios, etc.), dispersas entre las 215 entradas que engrosan el abundante y documentado comentario de esta edición, se encuentran muchas que por la riqueza de su contenido y dimensiones merecen una especial consideración. Destacan, por ejemplo, las que sirven al autor para resaltar la calculada estrategia discursivo-literaria del *Euboico*: narración en primera persona (*com.* 1 y 2) para conferir veracidad al relato, o el valor simbólico de la expresión “en el centro, más o menos de la Hélade” (ἐν μέσῃ σχεδόν τι τῇ Ἑλλάδι) (*com.* 3), reflejo de las añoranzas del propio Dión. Los sarcásticos juegos de palabras (*com.* 37, 38, 45), la irónica funcionalidad en los nombres —parlantes como en la comedia— de los personajes Socles y Sótades (*com.* 49, 51) y la tremenda fuerza expresiva de los diálogos que se intercalan en el hilo narrativo (*com.* 69, 70, 71), constituyen para el autor algunos de los eficaces recursos encaminados a revelar la distancia sociocultural que separa los valores del Cazador, de los que representan la hegemónica ideología de la polis.

Con frecuencia el autor repara en el elegante uso del lenguaje que demuestra Dión recurriendo a eufemismos tales como “modesta” (μέτριος, *com.* 168) por “pobre”; “sucias habitaciones” (ἐπ’ οἰκημάτων ῥυπαρῶν, *com.* 182) por “sucios burdeles”; o el del verbo “deshonrar” (αἰσχύνω, *com.* 214) para referirse a las ilícitas relaciones de adulterio y homosexualidad. Destreza literaria que igualmente despliega recurriendo al empleo de términos poéticos como “virginidad” (κορεία, *com.* 193), o figuras como el oxímoron “de indeseables deseos” (ἀνεράστων ἐρώτων, *com.* 180), la metáfora (cf. *com.* 170, 185, 196) y la ironía (*com.* 206). Hábil elocuencia subrayada por el autor al referirse al pasaje en que Dión tratando de justificar sus amplias y frecuentes digresiones acaba por aportarnos un pequeño tratado sobre la digresión misma (§§ 128-132, *com.* 174), un ejemplo de lo que podrían ser aquellos ejercicios retóricos (προγυμνάσματα) a los que tan aficionados eran los oradores de la Segunda Sofística.

Otras veces Dión acude a los poetas tradicionales para poner a su servicio la eficacia comunicativa del verso (*com.* 119-120). Conocedor de la relevancia pedagógica y educativa de los clásicos, sobre todo Homero, no extraña encontrar en su *Euboico* un buen número de referencias perfectamente registradas, identificadas y explicadas por el prof. Urbán, aludiendo tanto a *Iliada* (*com.* 6, 108, 128, 202, 203, etc), como a *Odisea* (*com.* 92-103, 105-106, 109, 110, 141, etc.). Pero su originalidad consiste, según el autor, en el modo de reinterpretar los relatos homéricos. Dión rompe con la lectura tradicional, la "versión oficial" dominante, que ha consagrado los valores de la corriente aristocrática, prestigiándolos con la antigüedad y renombre de los ilustres poetas. Reorientando la lectura le confiere un nuevo sentido, un rumbo hasta ahora inexplorado. Desenmascara, por ejemplo, los viles intereses que mueven la espuria hospitalidad de los ricos (Antinoo, Penélope, Telémaco, los feacios, §§ 83-90), que contrasta con la generosa acogida que dispensa el Cazador a sus huéspedes.

No le importa a Dión oponerse al contenido de los dichos y máximas de poetas como Eurípides (*com.* 87, 114) o Sófocles (*com.* 122) que, gozando de generalizada aprobación, conforman la opinión dominante entre el vulgo sobre las riquezas. A ello han contribuido los poetas, sus "portavoces e intérpretes", cuyo proceder, advierte el prof. Urbán, es afín al de los sofistas: manipulan, mutilan, distorsionan, extrapolan los textos, de ahí que Dión abiertamente los critique (§§ 98-102). También acude el autor del *Euboico* a un poema épico-cómico como el Margites (*com.* 140, 142) para hacer uso del peculiar tono burlón y satírica ironía que le permite figurar entre la lista de los que han combatido el crimen con la risa: Diógenes, Erasmo, Voltaire, Rabelais... Una clara simpatía, muy en consonancia con su aprecio al trabajo y reprobación de la holgazanería, muestra Dión por el poeta Hesíodo (*com.* 134-135, 139). La indudable conexión, por otra parte, del *Euboico* con modelos supraideales de organización estatal al modo de la República platónica (*com.* 172-173), lo inscriben en la tradición utópica occidental que más tarde cristalizaría en las célebres *Utopía* de Tomás Moro o la *Civitas solis* de Tommaso Campanella.

Numerosas, ampliamente documentadas y valiosas son las notas que giran en torno a los dioses y héroes griegos. La continua remisión al mito (Nauplio, *com.* 33; Ifigenia, *com.* 112; Zeus, Rea, Hera, Moiras, Ártemis, Ilitias, Afrodita, *com.* 184; Amímone, *com.* 200; Nereidas, Galatea, Ifimedia, *com.* 201; Eudoro, Polimela-Polidora, *com.* 202) se explica por diversas razones: es otro referente más del admirado mundo heleno, un adorno literario, invita al razonamiento como ya se apercibió Platón introduciéndolo en sus *Diálogos*. El mito es además un icono, una imagen ideal que configura el imaginario colectivo, de ahí su alto potencial divulgativo, que tanto interesa a Dión. No pasando inadvertidos para el autor estos factores, su gran mérito estriba en haber sabido explicar la importante función argumentativa que

desempeñan los relatos mitológicos y el alto valor simbólico que muestran algunas de sus figuras en el *Euboico*, como es el caso de Heracles, ideal y paradigma de virtud, personaje muy querido por los cínicos, cuya estatua descuidadamente abandonada en el gimnasio (§ 39) “sugiere la degeneración y corrupción moral de la ciudad” (*com.* 36). En otras ocasiones Dión desacraliza las fabulaciones mitológicas, las deconstruye y reinterpreta para convertirlas en una especie de “ficción paródica”. A este respecto resulta ilustrativo el episodio, ricamente documentado, de Dánae y la lluvia de oro, en que Dión se refiere al “dinero o riqueza como causa de la corrupción sexual” (*com.* 195), o la sarcástica alusión a las aventuras amorosas de las ninfómanas ninfas “en cuya trama la infidelidad o el engaño juega un papel de primer orden” (*com.* 198).

El *Euboico* ha suscitado interés entre los historiadores por sus alusiones a sucesos concretos de la época, como las expropiaciones efectuadas por Domiciano o Nerón (*com.* 15), o sus posibles referencias a políticas de colonización agraria (cf. §§ 33-40, § 107, *com.* 129), como también por ofrecer el más antiguo texto tal vez sobre la trashumancia (cf. §§ 13ss). En la segunda parte, al tratar sobre las ocupaciones de los pobres, el libro ofrece un interesante cuadro sociológico. El autor, irrumpiendo en el estudio de las mentalidades, facilita las claves para descifrarlo: la influyente corriente aristocrática que menosprecia el trabajo retribuido, fuese manual o no, y en la que se fundamenta la baja consideración de ciertos oficios como el de nodriza o maestro (*com.* 136-137), el desprecio de Dión, previsible en un cínico, hacia las profesiones relacionadas con el lujo y la vida muelle, a las que juzga inútiles e improductivas (*com.* 143-147): tintoreros, perfumistas, peluqueros, etc. La extensa sección final de las ocupaciones relacionadas con el sexo (§§ 133-152), con la condena al vicio y sus manifestaciones: el adulterio y la prostitución, dan paso a consideraciones que reflejan la orientación filosófico-moralista de Dión, un cinismo *sui generis*, así como su proximidad a la corriente estoica (*com.* 119-120, 187-189).

La convergencia de motivos históricos, sociopolíticos, filosóficos, éticos, literarios del *Euboico* ha contribuido a resaltar su importancia. Esta edición es digna de elogio porque habiendo atendido a todos ellos, no ha descuidado la intención fundamental de Dión, el eje en torno al que se articula su estrategia expositiva, una radical crítica socio-política, de ahí las continuas notas que impiden perder el hilo del discurso y su interpretación (*com.* 15, 20, 55, 64, 66, 70, 86, 132, 138, etc.). En este sentido, sorprende comprobar cómo el autor ha detectado algunas veladas pero intencionadas alusiones que conectan la segunda parte con la primera y que pasarían desapercibidas de no ser por su atenta mirada (*com.* 88-91, 105). Sin perder rigor y profundidad analítica, la habilidad del prof. Urbán para presentar y recrear el ambiente del *Euboico* ha sido tal, que por medio de un estilo sencillo y ameno, didáctico en suma, ha logrado transportarnos en una “máquina del tiempo” a la

antigüedad, y mostramos una viva fotografía de la ciudad y su organizada disposición (*com.* 124-126), sus casas (*com.* 58, 213), las lujosas *villae* romanas (*com.* 199), el teatro y el ágora (*com.* 26), el gimnasio (*com.* 35), sus instituciones y quienes las regentan: la asamblea, la magistratura, el consejo, el priteo (*com.* 23-25, 53), e incluso nos concede el privilegio de contemplar las costumbres de sus habitantes: sus comidas y banquetes (*com.* 59-61), cómo visten (*com.* 31-32) o celebran sus bodas (*com.* 69-73).

A modo de apéndice, en una tercera sección más breve, bajo el título "Excursus y Cronología" (págs. 239-258), el autor nos regala un atractivo artículo, ya publicado pero oportunamente actualizado, con el que pretende aclarar un pasaje no demasiado explícito del *Euboico*: "no se interpreten con cantos ni danzas los sufrimientos de Níobe o de Tiestes" (§ 119). Tras la introducción que informa sobre la censura que Dión dirige contra ciertas profesiones, como las inútiles ocupaciones vinculadas al lujo, el autor dedica un primer apartado a puntualizar qué razones le mueven a condenar a los profesionales del espectáculo. En el segundo apartado, esta misma indagación se centra en las dramáticas representaciones de los míticos personajes Níobe y Tiestes, cuya repulsa en Dión halla explicación en las notas trágicas, patéticas y de mal gusto que suelen acompañar sus interpretaciones. A continuación, culmina el autor ofreciendo una tabla cronológica que sitúa al lector en el contexto histórico de la obra.

Por último se incluyen los índices (págs. 259-276) que dan cierre al libro. Estos índices, utilísimos para estudiosos e investigadores, permiten acceder con comodidad y rapidez a la información que el libro atesora. El primero, "De palabras griegas" (págs. 261-262), presenta un alto interés lexicográfico; el segundo, "De nombres y lugares" (pág. 263), puede ser provechoso para estudios mitográficos, historiográficos, etc; el tercer índice "De referencias a los discursos de Dión" (págs. 264-266), resulta muy interesante al poner esta obra en relación con el resto de su producción literaria y contará con el aprecio de especialistas en el propio Dión, literatura griega y latina altoimperial, filosofía cínica, etc.; el último índice, "De autores antiguos y obras citadas" (págs. 267-276), es particularmente relevante por mostrar el enorme despliegue documental utilizado para esta edición y que la hacen merecedora de proporcionales elogios. La impresión que produce la extensa relación de literatos, filósofos, trágicos, polígrafos, historiadores, comediógrafos, escoliastas, paremiógrafos, poetas, etc., que pueblan estas páginas, sólo se ve superada por el asombro que provoca examinar la dimensión de algunas de sus entradas: Eurípides, Homero, Pausanias, Platón, Plutarco...

En suma, un libro impecable, con un extenso estudio preliminar riguroso y bien documentado, una edición que une a la siempre deseada pero infrecuente presentación bilingüe, el crítico examen filológico, la calidad científica e investigadora habitual en la valiosa producción del prof. Ángel

Urbán. Gracias a sus conocimientos humanísticos y sólida formación, la presente edición crítica ofrece un amplio, profundo y brillante comentario; además de una fiel y fresca traducción. El fácil y cómodo acceso que proporcionan sus índices, esmerada y meticulosamente elaborados, convierten esta obra en una útil herramienta de consulta.

Debe señalarse, por último, que las notables aportaciones de esta edición la convierten ya en obligada referencia para cualquier estudio en torno a Dión y su obra. No cabe duda que esta reflexiva y renovada lectura del *Euboico*, la misma que Dión exigió para entender a los clásicos, representa una gran contribución para precisar y comprender su pleno significado. Esperamos con anhelo que el autor siga regalándonos nuevos libros y estudios sobre este autor cínico y su obra que bien conoce. Sólo nos resta dispensarle una cordial felicitación por tan brillante trabajo y reconocerle, una vez más, su espléndido magisterio. [ENRIQUE BENÍTEZ RODRÍGUEZ]

ESPEJO GUTIÉRREZ, Joaquín, *La Lengua Ibérica: su influencia en el vascuence*, Servicio de Publicaciones San Pablo CEU, 2003, 304 págs.

Nuestra primera reacción ante este libro ha sido la de alabar la labor investigadora constante y tenaz del autor, a quien, tras veinte años de dedicación a este complejo y engorroso empeño, le asaltan dudas aún sobre la madurez de sus conclusiones. Loable actitud, sin duda, ante la precipitación y la imprudencia que guía a no pocos trabajos de investigación actual. A sus palabras nos remitimos: “He dudado mucho en publicar este escrito, producto de muchas horas de paciente observación...”.

El autor hace una incursión en el problema vasco-ibérico adoptando e invocando, desde el comienzo, el talante de precaución del lingüista A. Tobar, gran autoridad en este controvertido y complejo tema. De hecho, lejos de presentarse como experto y al contrario que lo hicieran algunos insensatos precedentes, el autor nos lleva con gran sencillez y humildad por esos oscuros e inseguros laberintos de los datos inconexos, vestigios fragmentarios e hipótesis verosímiles.

Esta necesaria y precavida “*captatio benevolentiae*” se convierte en requisito obligatorio al emprender la ardua tarea de confrontar la propia interpretación de los propios datos de inscripciones proto-ibéricas con los ya existentes, modificando posibles relaciones, siempre veladas y poco definibles, con la lengua vasca. No obstante, no nos engaña desde el inicio: “mucho de lo que se expone son intuiciones...”. Pero como de la duda se vislumbra una pequeña llama de luz, merece la pena adentrarse en tan aventurada incursión de la mano de tan prudente y avezado investigador. Cabos sueltos van quedando aquí y allá, son ineludibles y esperables, pero, bajo su mirada escrutinadora, se van desgranando los datos aleatorios y